

Primitivismo

Cuando hemos visitado alguna exposición de arte moderno, sea cualquiera su tendencia o su peculiaridad, siempre nos ha invadido una profunda perplejidad. ¿Qué significa todo aquello? ¿Es fruto de una incapacidad para el reflejo de lo real, de una especial oftalmia —como decía d'Ors— para lo artístico? No puede negarse que existe mucho snobismo, pero no es menos cierto, también, que es grande el número de sinceros convencidos que caminan por tal sendero.

En pintura las figuras extrañas, deshumanizadas —en sentido de no correspondencia con la realidad— hasta lo extravagante; en escultura seres desproporcionados, estilizados al límite, en extraordinarias actitudes que responden a una expresión irreal; y esto cuando no son ininteligibles jergológicos. Su contemplación, si en verdad no sugiere la idea del artista, si que nos rememora el arte prehistórico. Primitivismo rezuma todo ello, regresión, no a lo clásico sino al comienzo, a un balbuceante querer decir o plasmar.

¿Y por qué? ¿Cómo pueden desecharse varios milenios de cultura, de tradición, que no es transmisión de creencias sino continuidad de principios básicos, vivos y permanentes, en absoluta concreción, como el átomo y la molécula y ésta y el cuerpo material? ¿Por qué volver a la cueva de Altamira para pasar nuevamente por Fidias, Apeles, Rafael, Miguel Ángel, Leonardo o Velázquez?

Argüir que por ese camino está ya todo hecho es pretender que después de la Venus del Milo no era posible el Moisés de Miguel Ángel, que después de las «Madonnas» de Rafael, serían imposibles las Vírgenes de Murillo.

Debe existir otra razón más potente, inconsciente quizás, que lo motiva. Porque esa vuelta al primitivismo no se dá solo en pintura y escultura, se dá también en música y poesía, en las disonancias y notas selváticas de muchas composiciones, en las arrítmicas y abstractas estrofas de innúmeras antologías. Se dá igualmente en el pensamiento filosófico, con las manifestaciones de un existencialismo, de un naturalismo o desnudismo cuando no son causa de una perversión o corrupción.

¿Qué ocurre? Cuando la ciencia da sus más agigantados pasos —que representa nuestro lado material—, el arte, la filosofía, el pensamiento —lo inmaterial— ¿van a retroceder? ¿Es una reacción negativa contra la máquina, es miedo a una catástrofe de caracteres casi cósmicos, pretendiendo olvidar lo adelantado y regresar al principio? ¿Qué extraña fuerza magnética abisal es la que tira hacia abajo? La incógnita, indespejable para nuestra corta inteligencia, queda flotando; tan sólo exponemos nuestra creencia de que en el arte, en los artistas, por permisión divina, hay un cierto don profético que a los demás hombres nos está vedado.

Miguel Molina.

